



Capítulo 114 - Mi Rafaelina I

La entrada al gran salón del Clan Baal estaba marcada por un silencio inusual, roto sólo por el eco de los pasos de Vergil y Ada.

Las pesadas puertas shoji, decoradas con símbolos japoneses, se abrieron mientras Ei, el sirviente del clan, los guiaba hacia el centro del salón.

Rafaela estaba sentada en su trono, con aspecto algo nervioso, pero, aun así, parecía más arrogante que nunca. Había algo en su forma de sentarse que parecía diferente, como si esperara algo que no quería admitirse.

Virgilio, sin mostrar ningún respeto por la grandeza del lugar ni por la autoridad de la reina, caminaba con una postura indiferente, casi desdeñosa, con la mirada fija en la figura que lo esperaba.

—Es un lugar bonito... —murmuró mientras observaba el interior de la sala del trono.

Estaba allí por una razón muy específica: tenía una deuda que cobrar. Y, como todos sabían, Vergil no era de los que dejaban un trato sin cumplir.

Raphaeline, al verlo acercarse con esa sonrisa maliciosa en los labios, frunció el ceño. No esperaba que viniera con tanta... confianza. Ella, la imponente reina del Clan Baal, la mujer que gobernaba sus dominios con mano de hierro, estaba a punto de cumplir una promesa que le costaría más que su alma.





"No pensé que vendrías", dijo con voz firme, pero con un ligero temblor en sus palabras. No pudo ocultar la tensión que crecía en su interior. "Así que has venido a recoger tu recompensa, ¿verdad?"

Vergil la miró con cinismo, pero el brillo en sus ojos revelaba su diversión. Sabía exactamente cómo funcionaban las cosas, y también sabía que Raphaeline no estaba allí solo para cumplir un trato... estaba allí porque él tenía algo que ella necesitaba dar, y estaba listo para recibirlo.

—Pues claro que vine. Necesito visitar a mi suegra, ¿no? —respondió con un tono burlón, casi desinteresado—. Apostaste con alguien que sabe cobrar deudas, querida. Y, como deberías saber, no dejas deudas sin saldar.

Dio un paso al frente, con la mirada fija en ella, como si ignorara toda su autoridad. A Vergil no le impresionaban el gran salón, los imponentes guardias ni los símbolos de poder que adornaban el espacio, y esa mujer, por muy respetada que fuera, era solo otro obstáculo que se había atrevido a jugar con su destino.



Raphaeline, sin embargo, se sentía incómoda bajo la mirada de Vergil. No era de las que se encogían ante nadie, pero había algo en él que la hacía sentir vulnerable.

Después de todo... ella había perdido.

Había apostado su alma, ¿verdad? Pero ahora, al ver al hombre que la había conquistado, sentía una vergüenza incomprensible. Era una sensación extraña y desconcertante, como si hubiera revelado algo muy personal y frágil. Ella, la Reina del Clan Baal, estaba ante alguien que, con una simple mirada, la hacía sentir... extrañamente pequeña...



"¿De verdad crees que puedes entrar aquí y tomar lo que quieras?", preguntó, intentando mantener la compostura de una reina, pero su voz delataba un atisbo de inseguridad. Sabía que Vergil no tenía el poder para hacer eso, pero había algo en su tono, algo que la inquietaba.

Se odiaba a sí misma por sentirse así.

Vergil se acercó, sus pasos resonando con insolencia, como si dominara el espacio, como si fuera él quien tuviera el poder. Se detuvo frente a Raphaeline y la miró directamente a los ojos, con una sonrisa que se ensanchaba de forma casi depredadora.

—Bueno, fuiste tú quien hizo la apuesta, ¿no? —dijo Vergil en voz baja, pero con un toque de sarcasmo—. Solo cumplo con mi parte del trato. Ahora, en cuanto a tu recompensa... creo que tendrás que darlo todo, Lady Raphaeline.

Raphaeline intentó mantener su postura rígida, pero un ligero rubor tiñó sus mejillas. No podía negarlo, él tenía razón. Había apostado su alma con él, y ahora él estaba allí para reclamar la recompensa que le correspondía. Su vergüenza crecía con cada palabra que él pronunciaba, pero intentaba disimularlo.

—Te estás aprovechando de esto —dijo ella, intentando mantener la dignidad, pero el nerviosismo en su voz era inconfundible.

Vergil, con gesto despreocupado, se encogió de hombros. «Solo reclamo lo que me corresponde», dijo con una sonrisa cínica. «¿No crees que, después de todo lo ocurrido, podrías ofrecerme algo más que palabras vacías?»

Raphaeline apretó los dientes, visiblemente molesta. Sabía que ya no podía escapar. Solo podía intentar mantener la compostura y manejar la situación





lo mejor posible. Pero con cada movimiento de Vergil, se sentía... más pequeña. La reina del Clan Baal, la que jamás se había inclinado ante nadie, ahora se enfrentaba a un hombre que la avergonzaba, como una simple niña manipulada.

Ada, de pie junto a Vergil, observaba en silencio. Nunca había visto a su madre tan... incómoda. Raphaeline, quien siempre había sido su figura de autoridad, la que la intimidaba con una simple mirada, ahora parecía... vulnerable. Y peor aún, estaba siendo completamente desafiada por alguien que parecía disfrutarlo.

Ada sintió una mezcla de confusión e incredulidad. ¿Cómo podía alguien hacer que la mujer a la que temía se encogiera de esa manera? La idea de que su madre, tan orgullosa y poderosa, ahora estuviera siendo reducida a algo... más delicado, casi sumiso, no tenía sentido para ella. Observó el intercambio de miradas entre Vergil y su madre, sintiendo cómo la vergüenza y la inseguridad se acrecentaban en el ambiente. Era como si el poder de Raphaeline se desvaneciera lentamente, y Ada no sabía cómo manejarlo.

—No te faltó al respeto, Raphaeline —dijo Vergil en tono suave, pero con cierto sarcasmo—. Solo digo que deberías ser más... generosa. Al fin y al cabo, apostaste con alguien que sabe cómo tomar lo suyo. Y ahora tienes que pagar la cuenta.

Raphaeline intentó mantenerse firme, pero el rubor en su rostro delataba su vergüenza. Odiaba esto. El hombre que tenía delante desafiaba su orgullo de todas las maneras posibles, y no podía hacer nada más que ceder.

Vergil se inclinó ligeramente, con una sonrisa que se ensanchó de forma casi arrogante. "¿O me harás esperar más, Reina?" Se acercó aún más, a solo unos centímetros de ella, y su mirada se volvió aún más intimidante, pero a la vez... seductora.





—No... no —dijo Raphaeline, con la voz temblorosa—. Cumpliré... Cumpliré con mi parte, Vergil. —Respiró hondo, como si intentara prepararse para lo que estaba por venir—. Pero... no creas que lo haré por placer.

Vergil rió, una risa baja y llena de malicia. "Lo sé, Raphaeline. Lo sé. Pero... quizá el placer no sea tuyo. Quizá sea... un placer un poco diferente."

Ada no entendía qué estaba pasando. Miró a Vergil con una mezcla de confusión y sorpresa en los ojos. Nunca había presenciado un intercambio de poder tan intenso. Su madre, quien siempre había sido la figura dominante, ahora estaba siendo manipulada de una manera que Ada jamás imaginó. Y ella, quien siempre había temido a su madre, ahora la veía casi rendirse ante Vergil.

—No... entiendo —murmuró Ada en voz baja para que Vergil y Raphaeline no la oyeran.

Vergil, al notar la incomodidad de Ada, la miró rápidamente. «Lo entenderás, Ada», dijo con dulzura. «A veces, la dinámica entre dos personas poderosas no es tan simple como parece. Tu madre, por ejemplo, es mucho más... humana de lo que crees».

Raphaeline le lanzó a Ada una mirada feroz, pero luego retrocedió rápidamente, sintiendo la vergüenza oprimirle el pecho. Quiso responder, pero no pudo articular palabra. Quería mantener su dignidad, pero empezaba a comprender que Vergil no solo estaba allí para reclamar su alma... Estaba allí para dominarla de una forma mucho más sutil e insidiosa.

—Y entonces, Raphaeline —continuó Vergil con voz dulce como el veneno—. ¿Vas a cumplir tu parte del trato o me harás esperar un poco más?





Raphaeline estaba a punto de perder la compostura. Vergil, con esa sonrisa de quien ya sabe lo que hace, la presionaba cada vez más, provocándole una incomodidad que no había sentido en mucho tiempo. La reina del Clan Baal, siempre admirada por su fuerza y autoridad, ahora se sentía vulnerable, como una joven sencilla frente a alguien que no veía límites a lo que podía hacer con ella.

Con un movimiento repentino, Raphaeline se acercó a Vergil. Él la observaba con una mirada casi desinteresada, pero su cuerpo estaba tenso, alerta, sabiendo que ella estaba a punto de hacer algo. Raphaeline, al darse cuenta de que ya no podía mantener la fachada de frialdad, avanzó hacia él con la delicadeza de una serpiente a punto de atacar.

Se inclinó, acercándose tanto que Vergil pudo percibir el aroma floral y la intensidad de su poder demoníaco, una energía que aún emanaba un aura de autoridad. Pero en lugar de hacer lo que él esperaba —otra provocación, una palabra áspera—, susurró algo, algo tan profundo y secreto que incluso la atmósfera en la sala del trono pareció tambalearse. Con un gesto casi íntimo, se acercó a su oído y, en un susurro que solo él pudo oír, pronunció su nombre original en la antigua lengua demoníaca de su clan.



Su nombre sonó como una llama encendida, un sonido profundo y resonante, como una melodía olvidada que ahora se escucha tras siglos de silencio. Al susurrarla, la palabra tuvo el poder de penetrar directamente en el alma de Vergil, como si una puerta que desconocía su existencia se abriera de repente.

"Raphaeline..." murmuró, pero no era la misma Raphaeline que conocía ahora. Era algo mucho más profundo, más íntimo. Algo con el peso de siglos de poder, de secretos guardados y de una historia inédita. Su nombre, revelado en ese lenguaje demoníaco, fue como una descarga eléctrica. En un instante, Vergil lo comprendió todo sobre ella. No solo vio quién era en el fondo; sintió lo que ella sentía, conoció los miedos que abrigaba, las cicatrices que intentaba ocultar tras su postura impenetrable.



Raphaeline se apartó un poco, con la mirada fija en él, y por primera vez, algo vulnerable brilló en su mirada. Ya no parecía la invencible Reina del Clan Baal. Era humana, más de lo que nadie podría haber percibido, y en ese momento, ofrecía una parte de sí misma que nadie había tenido el privilegio de ver. Ofrecía su verdadera identidad, algo mucho más allá de la fachada de poder que proyectaba al mundo.

Vergil, que disfrutaba de la humillación que le infligía, se quedó inmóvil. La conmoción y la repentina comprensión lo hicieron detenerse un instante. Tenía sus propias cicatrices, sus propios fantasmas, pero nada lo había preparado para comprender la complejidad de la mujer que tenía ante sí. Raphaeline, la mujer que creía conocer, se había transformado ante sus ojos. No era solo la líder de un clan demoníaco; era un ser con un pasado tan intrincado como el suyo, con dilemas que resonaban mucho más profundamente que cualquier apuesta o provocación.

La tensión en el aire era palpable. Vergil la miró con una expresión que mezclaba sorpresa y algo más profundo, algo que no quería reconocer. No podía controlarlo, y por primera vez, sintió una mezcla de respeto y curiosidad por Raphaeline, algo que no había sentido hasta ese momento. Ya no era solo una "deuda" por cobrar; era una fuerza que comprender, un alma marcada, tan compleja como cualquier ser demoníaco.



Raphaeline, al ver el silencio que se había instalado entre ellos, se sintió más expuesta de lo que jamás imaginó. La mirada de Vergil, que antes había estado llena de burla y desdén, ahora transmitía algo diferente. Algo que no podía comprender, pero que la dejaba incómodamente expuesta.

Vergil se inclinó ligeramente hacia ella, con la mirada más tierna que antes. «Así que así es mi Raphaeline...», dijo, más para sí mismo que para ella, como si comprenderlo fuera un descubrimiento. «No lo sabía. Hasta ahora».



Raphaeline no supo qué pensar de sus palabras. Sintió la vergüenza oprimirle el pecho, pero también algo... reconfortante en ella. Era como si, por fin, hubiera mostrado quién era realmente, sin máscaras, sin el peso de su posición. Él la veía ahora, no como una figura distante, sino como alguien que compartía, aunque fuera por un segundo, una fracción de su dolor, de su historia.

Ella lo miró con una expresión que mezclaba desconcierto y algo más. "¿Crees que puedes entenderme por completo en un segundo?", respondió, intentando recuperar la compostura, pero su voz sonó más suave, más vulnerable de lo que deseaba. No supo qué hacer con el impacto de aquella revelación, ni con su mirada que parecía haberle penetrado el alma.

—Entendí lo suficiente —respondió Vergil con calma, con la mirada fija en ella—. Entendí lo suficiente para saber que no eres lo que todos creen. Y quizá he subestimado lo que llevas dentro.

"Pero está bien... Ahora eres mía... Te cuidaré muy bien..."

